

Páginas Ilustradas

REVISTA QUINCENAL

SAN JOSÉ,
16 de Diciembre de 1908



Director:
PRÓSPERO CALDERÓN



Felicia Piza Lara

Fot. Robert

Fragmento de un libro que no se escribirá nunca

(Continuación)

Esta vez salió casi convencido Judas de que había recibido un buen consejo. Le halagaba, además, la idea de que su nombre pudiera sonar unido al de alguna importante empresa, pues ni los seres más humildes y cándidos carecen, bien escudriñados, de su fibrilla de amor propio. Pero así y todo, firme en su resolución, quiso continuar con las consultas y al siguiente día se presentó á un abogado ya viejo y retirado de la profesión, hombre reconocidamente piadoso y con una aureola de probidad y rectitud que no había más que pedir; hasta se llamaba don Homobono Santafé.

Con las formas más corteses y alabardadas fué recibido por el santo varón que después de oír beatíficamente la exposición de sus deseos á don Judas, le contestó:

—Y diga usted, señor Cordero, ¿ha sido á mí á quien primero ha consultado el caso?

Incapaz de mentir, don Judas contestó negativamente y hasta tuvo la franqueza de exponer la opinión de los dos anteriores. Don Homobono con aquella actitud mística que le era peculiar, dijo:

—Bien, muy bien. Tengo ya en mí contra la opinión de dos personas muy respetables, muy dignas sin duda, pero que, he de decirlo con mi característica franqueza, respiran la atmósfera del siglo, y no ven las cosas nada más que por su lado material. Yo, y dispénseme V. la claridad, juzgo todo lo de este mundo como cosa transitoria y miserable y pongo siempre, en mis actos y en mis consejos, la vista arriba ¿sabe? arriba; ahí es donde hay que mirar, señor Cordero.

Vamos á ver, ¿quiere V. tener la bondad de decirme, si lo sabe, y no es indiscreción, como adquirió la fortuna su señor tío de V., que en gloria esté:

—Poco sé de eso, D. Homobono. Lo único que puedo decirle, porque de pequeño lo oí alguna vez en mi casa, es que mi tío era antes de marcharse á Australia hombre bastante calavera y muy amigo de mujeres.

—¿Ve V.? Ya me voy orientando. ¿Y no ha sabido V., al realizar la herencia, si su señor tío, que en paz descansa, llevó en Australia la misma vida que aquí? ¿No ha sabido V. si por allá gozaba de buena fama y se dejó, perdone la indiscreción, algún sér . . . que . . . ¿sabe? ya me entiende V.

—Sólo como referencia, de cuya certeza no puedo responder, se me ha dicho que mi tío explotaba unas minas con gente indígena y que según rumor tenía á su servicio algunas mujeres con las que al parecer . . .

—¡Basta, basta! Ya me hago cargo. Ya comprendo que su señor tío, á quien Dios haya perdonado, llevaría una vida poco ejemplar y que, cegado por sus pasiones, no sería muy escrupuloso en sus actos. Bien, señor Cordero, eso robustece, si es posible, mis ideas de siempre y desde ahora veo la mano de Dios en la circunstancia de que V. haya venido á ser, heredando á su señor tío, para el que imploro la divina misericordia, el que redima todo el mal que él hizo; ¿sabe?

—No, señor; no comprendo bien su idea, D. Homobono . . .

—Verá V., señor de Cordero. V. me

viene á consultar sobre la manera de emplear mejor su capital; ¿sabe? Yo para obrar, como es mi costumbre, con arreglo á mi conciencia, le pido á V. los antecedentes que creo del caso; usted me proporciona los que puede, pero que creo suficientes y ya enterado le digo: su señor tío de V. no cumplió como debía y ofendió á Dios. Este en su infinita sabiduría ha hecho que la cuantiosa fortuna que aquél llegó á reunir, viniese á manos de V. y le ha sugerido la idea de consultarme para deshacer, en lo posible, todo el mal que hizo el difunto y contribuir á su eterna salvación. ¿Sabe?

—Sí, señor; es decir . . . no, señor. No comprendo cómo he de deshacer lo que mi tío hizo . . .

—¡Muy sencillamente, hombre, muy sencillamente! Su señor tío, al que debemos desear la bienaventuranza eterna, hizo algún daño, es decir, no hizo el bien que debía y podía; usted debe hacerlo por él y por usted mismo. ¿No es esto claro?

—Ya; y ¿cómo puede ser eso, señor Santafé?

—Empleando todo su capital en honor y gloria de Dios nuestro Señor.

—¿Todo el capital, dice usted?

—Sí, señor; todo, absolutamente todo. Esa, esa es la acción meritoria ¡como mejoría! esa es la acción obligada para usted. Vea cuántas asociaciones religiosas están necesitadas; vea cuántas iglesias hacen falta; vea cuántos cristianos asilos carecen de recursos; vea, qué más, sí, nuestro Santísimo Padre el Papa viviendo casi miserablemente sin tener él que es el representante de Dios en la tierra, otros recursos que las limosnas de los fieles católicos . . . ¿En qué mejor, pues, ha de emplear su capital que en favorecer á nuestra santa religión y á su Iglesia?

—Sí, señor; sí, pero todo el capital . . .

—Ya comprendo, ya. Usted lo que me es volverse á quedar en la humilde posición en que se hallaba ¡verdad! . . . Pues no señor, nada de eso. Usted cede, por ejemplo, una gran parte de su capital á una congregación religiosa para que esta lo aplique á misiones, construcción de templos, casas de recogimiento ó enseñanza, en fin, en lo que crea más necesario para la extensión de la fe; pero puede hacerlo en forma de que le produzca una pequeña renta, pues no faltan asociaciones científicas, ó trabajos industriales ¿sabe? que le permiten satisfacer un interés módico de las limosnas que reciben. Yo mismo, en todo caso, puedo cuidar de eso, y es para V. una garantía mi probidad y mi reconocida rectitud.

—¡Ya lo creo! . . .

—Perfectamente. Otra parte regularcita de su capital la ofrece á Su Santidad. Esa naturalmente no le produce á V. nada en el concepto de beneficio material; pero en cambio ¡qué satisfacción más grande la de contribuir á la vida y esplendor del Vicario de Nuestro Señor Jesucristo! ¡Qué paso más gigantesco dado en el camino de la bienaventuranza! ¡Ah, señor Cordero! ¡Quién pudiera obrar como V.!

Yo, con toda mi voluntad y mi inquebrantable adhesión á la Santa Iglesia no puedo ¿sabe? no puedo dejar á mi corazón y á mi piedad obrar libremente. Mi situación especial, á pesar de una posición relativamente desahogada, no me permite gozar de esa satisfacción. El deber impuesto por mi padre, que de Dios goce, de conservar íntegro y sin mengua el patrimonio de mis mayores, me impide, ¡ya ve V. qué tristeza! dejarme llevar de los impulsos de mi corazón. Algo he aumen-

tado yo, eso sí con mi honrado trabajo, aquel patrimonio, pero en cambio, pesan sobre mí sagradas obligaciones de familia que no puedo. ¿sabe? no puedo desatender. Pero V., libre de obligaciones, sin prescripción de ninguna clase que le constrija, libre y dueño absoluto, por voluntad divina, de una cuantiosa fortuna, ¿cómo no dar rienda suelta á sus generosos sentimientos y ganar con ello la eterna Gloria?

—Pero....

—Déjeme acabar. Con la renta, modesta pero segura, que le proporciona la gran parte de su capital donada á esas benditas asociaciones de que le he hablado, y otra pequeña parte, porque no hay que exagerar, que V. reserve en previsión de cualquier contingente, asegura V. su existencia y queda en paz con su conciencia y se ha ganado de antemano su lugarcito ¿sabe? en el Paraíso. ¿No ve?

—Sí, señor; ya veo que el consejo no puede ser mejor.... para darlo. Pero confieso que no me siento con ánimos para seguirlo por entero.

Con toda esa misión que V. cree que debo cumplir, francamente.... soy hombre y no quiero negar que había concebido mis ilusiones y mis esperanzas para disfrutar ahora algo de la vida en justa compensación, á mi parecer, al mucho tiempo que he sufrido privaciones de todas clases.

—Pero hombre de Dios! si todo cabe, todo cabe. ¡Vea V., vea V., y comprenda bien lo que yo quiero decir! Conozco bien las flaquezas humanas; sé la multitud de asechanzas y tentaciones que nos rodean por todas partes y lo muy difícil que es no sucumbir á ellas. Usted, aún joven y con deseo de goces, honestos, por su-

puesto, es decir, honestos en el concepto de que lo que hay que evitar es el escándalo, ¿sabe? porque al escandaloso más le valiera....

—Sí, señor; sí....

—Eso es; pues por de contado se verá V. expuesto á sus resbaloncillos de cierta clase, porque las mujeres....

—Sí, señor; sí....

—¡Claro, hombre, claro! ¡Pero ahí voy; con mis consejos tiene ya de antemano asegurada la divina indulgencia para esas picardías que ¡caramba! son difíciles de evitar por lo tentadoras, ¿sabe? y que siempre que no traspasen los límites del.... de la.... en fin, ya V. me entiende. Pues con hacer lo que yo le digo es como establecer un depósito á cuenta del que se va disponiendo. ¿No ve?

—¡Ya! Efectivamente me parece muy cómodo. Sólo que no debe ser fácil conocer con exactitud el saldo que vaya quedando.

—No'sea V. impío: siempre tiene á su favor la divina misericordia que no abandona á quien en ella espera.

—Perfectamente, señor Santafé. Déjeme un par de días para pensar bien la cosa y acá volveré.

—Pues vaya con Dios, y aquí le espero. Cuente con mi apoyo y mi guía así como ha contado con mi consejo. Pero no se me va sin antes dejarme una limosna para cierto asilo al que yo protejo.

—Con mucho gusto, D. Homobono, ahí tiene....

Y D. Judas entregó un billete de cien pesetas.

CESAR NIEVO

(Continuará.)



Eloa Jeller



Margarita Ceballos



Julietta Odio Cooper



Fernanda y Angel Corrales



Francisco y Wilhelmina



Simona Bolivar



Guadalupe Ruiz Salas



Laura y Julieta de yon



Cecilia Calderon Caguiello

Fotografias Paynter Bros

CUARZO

Ese paria que veis de frente flava,
que lleva su vestido hecho jirones,
y dormita en los húmedos rincones,
habrá más tarde de blandir la clava.

El lleva entre su cuerpo un alma brava
que sueña con futuras redenciones;
su gesto triunfará de los histriones:
alma de mártir, pero nunca esclava.

Verá bajo sus alas el abismo
clavando sus pupilas sobre todo
lo que es grande, con épico heroísmo,

Alto irá, de las águilas á modo,
con altivo desdén para el cinismo,
y proyectando el vuelo sobre el lodo.

LISÍMAGO CHAVARRÍA

Alegoría del mes de Noviembre por el Maestro Povedano

(Véase el grabado en el número anterior de esta Revista)

Cuando contemplamos una obra de arte pictórica encontramos en ésta dos aspectos, dos facetas: una habla á los sentidos, la otra al pensamiento; una á la materia, la otra al yo psíquico; una baña las retinas con los siete colores del arco iris descompuestos y armonizados por el pintor según su idiosincrasia, la otra há-

blanta á la conciencia. El primer aspecto pertenece á la mecánica del arte, el segundo es el sentimiento mismo del pintor, detenido, aprisionado digamos, en las blondas de la luz y la sombra y de los colores. ¿Quién al contemplar una *virgen* de Murillo—dice Madrazo—no ve la dulzura y la espiritualidad de aquel pincel

milagroso? Los corceles de Velásquez nos revelan el vigor de aquel entendimiento fuerte y creador, y los cuadros del Greco nos dicen de su espíritu sutil y desordenado en los procedimientos, que hacen del artista un raro, según el decir de Paul Lefort.

En la composición de que trato hay fondo de filosofía que sólo es dado descubrir á los que quieren penetrar en el alma de las cosas—conste que creo que todo lo que existe tiene alma, esencia—el astro que en la trayectoria nos envía su brillo, lleva el alma de un enigma que nos habla de un arcano; el mar que tiene curvaturas de mujer, arullos de torcaz y gritos de titán tiene alma, el infusorio y el átomo también.

La Segadora de vidas, de cuencas vacías y de sonrisa eterna, se ve en el centro del cuadrado del maestro Povedano, con la hoz igualando las escalas humanas: el monarca ó el sabio que yace en suntuoso catafalco cubierta la faz con sudario casto de ormesí, velado por cirios y exornado de coronas que tejió el mandato del oro, junto al pebetero que eleva espirales de incienso para envolver la podredumbre, se ve, á la misma altura del proletario, madre haraposa, aniquilada por la anemia, en el suelo frío, sobre la estera desflecada, junto al taburete que sirve de asiento á la botella que llenó de lágrimas la esperma y que ostenta la vela de lumbre esgúa y taciturna.

Ante la muerte no existen gerarquías, diferencias sociales, ni castas, ni predominios, ni riquezas, ni razas; todos somos iguales, todos bajamos á la tumba medidos por el rusero de la Segadora inmortal é implacable.

Ante la muerte, emperatriz de faz marchita, no triunfan las súplicas de la señora influencia, no vence la intriga, no se insinúan los ruegos, no se yerguen las reflexiones ni canta victoria el brillo del metal en que se esculpen las custodias y se graban los dioses y los reyes. La emperatriz de risa eterna es inflexible, es inexorable como un mandato dictado por el Destino, como un gesto de Júpiter Olímpico. Así es la Muerte.

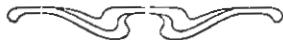
¿Y por sobre todo qué queda flotando en el recuerdo de los dolientes?—perfume de tristeza que disipan los lustros, el viento del olvido y lo que unos llaman *santa resignación*, y para mí lo único que perdura son las florescencias de la virtud y del talento—irradiaciones del alma—esencias del ser humano.—El ejemplo de Cincinato, la filosofía de Sócrates, las *Obras de Misericordia* predicadas por el Santo de Salem, las sabias enseñanzas de Confucio, la obra de Colón, como obra genial, de fe inquebrantable y de cálculo; las observaciones de Plinio, tan útiles á las Ciencias Naturales; las investigaciones siderales de Kepler y las fulguraciones de la Ciencia en general, son alma, alma hecha luz, alma útil á la humanidad, alma que vive, alma que se palpa, alma que perdura al través del tiempo y del espacio, sirviendo de puente entre lo pasado y lo futuro.

Todas esas reflexiones acuden á mi cerebro en presencia del dije de arte del filósofo maestro del color.

No seamos como aquél que, después de contemplar largas horas los frescos de la Sixtina, lo que sacó fué un dolor de nuca.

Busquemos el alma de las cosas.

LUMEN



HOJA

PARA PÁGINAS ILUSTRADAS

Dicen que el Sol cuando en oriente asoma
con ansia de placer besa el espacio,
los árboles en flor, la parda loma,
la humilde choza y el gentil palacio.

Y que en cambio á ese beso de ternura
del monarca magnífico del cielo,
sube hasta él, emblema de ventura,
el himno matinal en dulce anhelo.

Hoy que lejos se fueron mis agravios
tengo envidia del Sol y sus fulgores,
por enviar, desde aquí, para tus labios
el beso virginal de mis amores.

Y en cambio recibir la arrulladora
vibración de los sueños de tu alma,
con los vivos destellos de la aurora
ó en el sopor de la nocturna calma!

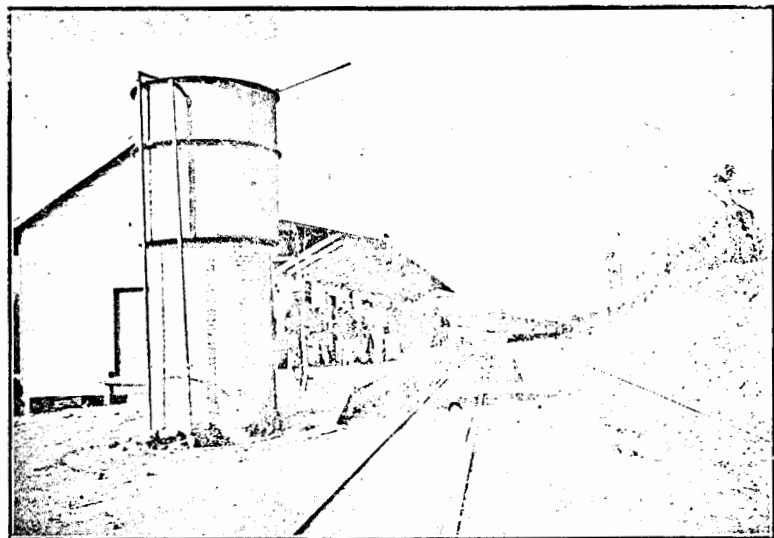
GABRIEL PICÓN FEBRES hijo

Venezuela.

CHISPAZOS

Judge, periódico humorístico de New York, dice:—«En vez de ir Mr. Roosevelt al África, como lo proyecta en cuanto deje la Presidencia, debiera hacer el viaje de exploración á Bolivia ó á Centro América, al Ecuador ó á Colombia, donde no cazaría osos, pero sí cazaría revolucionarios, que vienen á ser tan feroces como las otras fieras.»

Holanda, para domar al Presidente Castro, de Venezuela, está demás que envíe barcos de guerra. Que vaya Guillermina, y ya verán cómo Castro le da un baile en palacio. Castro baila divinamente el *sabé-toak*, y á Guillermina le gusta también este baile.—*Tizen Topis*.



TRES RÍOS - Estación del Ferrocarril

Fot. Max. Rudin

EL POZO

(Para *Páginas Ilustradas*)

El pozo era profundo; unas catorce varas, y, aunque estrecho, no tanto que no permitiera hacer su limpieza con relativa comodidad.

Estaba situado casi en el centro de un patio lleno de sol, de suerte que la luz penetraba hasta muy abajo, donde el agua semejaba un gran espejo circular que retrataba el azul del cielo, y las nubes blanquecinas, como vellones que echara á volar por la bóveda celeste el viento juguetón. A veces, asomado al brocal, me hacía la ilusión de una enorme pupila que miraba hacia arriba, con esa inamovilidad de las cosas muertas, que parecen adquirir vida por unos cuantos instantes bajo la atenta observación de nuestros sentidos.

*
* *

Por ese tiempo vivía en San Ramón, donde acaeció el suceso que voy á narrar, absolutamente histórico,—algo bueno había de tener,—

un viejecito de apellido Peraza, pequeño, enjuto de carnes y muy amable y bondadoso, que era habilísimo para la limpieza de pozos, y de tal suerte estaba acreditado en su profesión, que cuando el caso llegaba, aquello de «hay que llamar á *ñor* Peraza» era frase obligada; y como entonces la población de aquella progresista ciudad, se proveía exclusivamente del agua de sus pozos, que dicho sea de paso, es excelente, resultaba que *ñor* Peraza apenas podía atender á tanta solicitud, y así iba tirando de la vida con relativa holgura, esta especie de *buzo*, que si bien no bajaba al fondo del mar en busca de perlas y corales, descendía á las entrañas de la tierra para extraer lodo, piedras, cacharros, y muchas veces un zapato viejo, ó algún animal doméstico en estado de *disolución*.

Ese día, llegó *ñor* Peraza acompañado de un hijo suyo, mocetón rollizo y de buenos puños, que generalmente le ayudaba en la faena, dando vueltas al manubrio del tambor donde estaba arrollada la cuerda; al cabo de un buen rato de trabajo, el pozo estaba casi seco, y *ñor* Peraza se preparó á bajar después de despojarse de los pantalones, y, de arrollarse los calzoncillos lo más que pudo, imitando el traje de un bañista. Sentóse en el brocal, colocó los pies dentro del balde, y sosteniéndose de la cuerda, empezó el descenso.

Ya abajo, gritaba cuando el balde estaba listo, para que el hijo, arriba, halara la cuerda haciendo girar el tambor. Por el esfuerzo que hacía el muchacho, y por la rígida perpendicular que marcaba la cuerda, se adivinaba el mucho peso del balde, que se balanceaba en la profundidad con movimientos de péndulo; después, sosteniendo el manubrio con la diestra, sacaba el balde del brocal con la siniestra, y lo vaciaba al lado.

Cada vez que el balde subía, y chocaba con el brocal, venía á mi memoria la frasecilla aquella de *la espada de Damocles*, recordando al viejecito que quedaba allí en el fondo del pozo, mientras sobre su cabeza se balanceaba, á gran altura, el balde aquél, lleno de lodo y de piedras. El famoso cortesano de Siracusa, de que nos habla la historia, resultaba un guagua comparado con *ñor* Peraza.

La tercera ó cuarta vez, el balde subía, como siempre, lleno hasta los bordes, y chocó, al llegar al brocal, con alguna fuerza.

Entonces pasó una cosa de que no acerté á darme cuenta, sino un rato después; fué como una suspensión de todas mis facultades lo que experimenté, cuando el hijo de *ñor* Peraza, al extender la mano para tomar el balde, lanzó un grito despavorido que me heló la sangre, un grito de supremo espanto, de compasión profunda, un grito en que oí las silvantes

notas de la rabia impotente, del aullido desesperado, y las tristes y dolientes de la resignación, un grito que me pareció el estallido de un monte de dinamita...

— ¡¡ Tata, se fué el balde!!

En efecto, el balde se había soltado de la cuerda, y, vibrante como un rayo, precipitándose al fondo. Oí aquel choque espantoso, cuando el balde se estrelló allá abajo...

¡Oh, fatalidad! ¡íbamos, pues, á tener que sacar del fondo negro de aquel pozo, el cadáver del viejecito amable, que había hallado tan horrible muerte, por ganar unas pocas monedas que representaban para él y su familia un día de bienestar? ¿Y por qué? ¿por un descuido, acaso por un nudo mal hecho, ó por un pedazo de cuerda dañada?

¿Extraer de aquello que parecía una tumba, al amable viejecito, colgando, como un harapo, como un deshecho, con la cabeza hendida, hecha pedazos, dejando en aquella sima confundidos con el lodo sangriento los fragmentos palpitantes de su cerebro?

En todo esto pensé en aquellos dos ó tres segundos de silencio que siguieron al espantoso choque...mas de pronto, ¡oh, hermosa realidad! del fondo de aquella tumba salió una voz fuerte, casi festiva.

— ¡Muchachos, por poquito me matan!

¡Me pareció aquello una verdadera resurrección!

Un rato después, salía del pozo *ñor* Peraza, ileso, y limpiándose el sudor y el lodo de que estaba lleno debido al choque del balde, dijo riéndose:

— *Caray*, y allá abajo, sin tener defensa *la ninguna*; ¡es que no estaba en la raya!

JENARO CARDONA

—El Japón está haciendo cortesías á Chile, donde tales carantoñas son vistas como las del Tío Samuel. «El Mercurio» dice: que es mejor quedarse sin el peligro blanco y sin el peligro amarillo, porque ambos resultarían peores que el peligro colorado del propio país.—*Judge*.

—Ay! de los países donde, para vivir, no hallan los hombres otro campo que la política ni otro recurso que los destinos. Ay! de ellos, porque caen en un dilema ineludible: ó viven como lobos devorándose en odiosísimas guerras de partido, ó yacen como perros, lamiendo su cadena y royendo huesos del tesoro patrio!

Jóvenes, pasad...

PÁGINAS ILUSTRADAS no da plaza solamente á los consagrados, á los cuya firma está inscrita en el rol de quienes fueron ungidos por la Diosa Fama, sus folios albos no sólo se constelan con las fulguraciones de la mentalidad de Unamuno, de Ory, de Carricarte y de Salazar que es, como aquellos, nuestro colaborador; también los campos de esta publicación recogen la cimiento de la juventud que promete buenas espigas y arrebolados frutos, como los de don José Joaquín Salas, los de las señoritas Amelia Rueda y Lía Soto y hoy un soneto pictórico del joven don Miguel Angel Casal, adolescente de diecisiete abriles bien aprovechados en el estudio silencioso que lleva al cerebro lumbré de conocimientos y aleja de los vicios.

Aquí lo tienes, lector:

PAISAJE

Vuelan las aves por el alto cielo
sus dulces trinos preludiando, y muge
el toro bravo en el establo, y ruge
allá, muy lejos, el fugaz riachuelo.

Sobre la yerba de florido suelo
la seca rama se pasea y cruge,
y al sufrir de las auras el empuje
sacúdense la copa del ciruelo.

Por los vacíos de la selva hermosa
entran del sol los rayos diamantinos,
sembrando fuerzas en la débil rosa.

Por una senda pasan campesinos,
y al pasar ellos por la senda undosa
se mezclan los adioses con los trinos.

MIGUEL ANGEL CASAL

Evangélica

¡Ah! Yo quisiera
ser ese viejo tronco que en la era
desgaja el leñador...

Con qué alegría
mi ya escueto ramaje de cariños
en el mísero hogar calentaría
la helada desnudez de tantos niños.

¡Ah! Yo quisiera
ser esa linfa azul que en la pradera
derrama su frescor...

Con qué contento
mi corazón—una extinguida fragua—
llevaría á los labios del sediento
un poco de su agua.

¡Ah! Yo quisiera
la rubia espiga ser que hinchada espera
la hoz del segador...

Con qué delicia
se nutriera de jugos mi raigambre.
para ofrecerme en grano á la codicia
de tantos como han hambre.

Señor, oye mi ruego:
que mis carnes sean pan, y agua, y fuego...
¿Dónde gozo mayor...?

Hondas fatigas
azoran los espíritus en vela.
Señor, y falta el agua, no hay espigas,
y hogares mil el abandono hieía.



El antiguo reloj de Sol

Por ELENA HARCOURT

Traducción de Daniel Ureña

(Concluye.)

Es curioso que no se haya descubierto ningún reloj de sol entre las antigüedades de Egipto, ni que alguna de sus esculturas den la menor señal de haber existido uno solo en esta tierra maravillosa. Y aún se cree que los numerosos obeliscos hallados por doquiera en sus fronteras fueran levantados en honor al sol, y que sus sombras se aprovecharon para marcar la huída de las horas de la luz del día.

Por Herodoto sabemos que los griegos derivaron el uso del gnomón de los babilonios. Sin embargo, bien pudo ser, como es cierto que los griegos perfeccionaron notablemente el original del reloj de sol y construyeron instrumentos de mucha complicación, algunos de los cuales existen aún. En Atenas puede verse hoy el más interesante monumento de los antiguos gnomónicos, la famosa *Torre de los Vientos*.

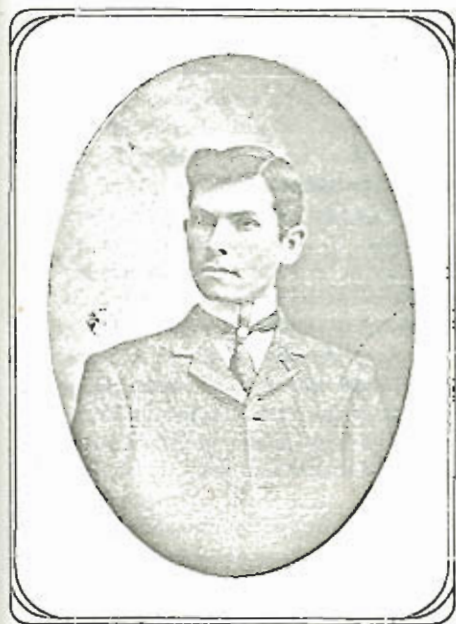
Esta torre antigua tiene la forma de un octágono regular y sobre sus caras están representados los ocho principales puntos cardinales. En cada una de estas caras hay un reloj de sol: cuatro miran hacia el norte, sur, este y oeste y las otras cuatro hacia las direcciones intermedias. Estos relojes fueron construídos muchos años después que la torre misma; y como uno de los más antiguos sucesos de relojes, en ninguna parte se menciona esta notable *Torre de los Vientos*. Las horas registradas hoy de esta curiosa reliquia del tiempo antiguo, son las mismas que al principio, las horas temporales de Berosos.

El primer reloj de sol fué erigido en Roma, doscientos cincuenta años antes de Cristo y era un trofeo de victoria tomado á los samnitas. (*) El primer reloj construído en la actualidad por la latitud de Roma, fué colocado por orden de Marco Filipo, en el año 160 antes de Cristo, y el trabajo fué hecho por artistas extranjeros, pues los romanos de aquel tiempo no eran ni geómetras ni astrónomos.

No así los árabes, más astutos aún, que muy pronto dieron importancia á la Gnomica, cuyos principios aprendieron de los griegos, llegando así á conocer bien perfeccionadas y ampliadas las mejoras introducidas por éstos en los relojes de sol babilónicos. Uno de sus hombres más eruditos, Abdul-Hassan, que vivió en el comienzo de la decimatercia centuria, enseñó á sus paisanos á trazar relojes sobre superficies cilíndricas ó cónicas ú otras, y aun introdujo las horas iguales ó equinocciales. Pero Abdul-Hassan se había adelantado á su época y su innovación, como la de otros muchos hombres sabios no fué bien recibida, por lo que las antiguas horas temporales continuaron sólo en el favor popular.

El sistema de horas iguales hizo finalmente su marcha de avance, á despecho del conservatismo de las masas que le ponía una valla en el curso del progreso del mundo; pero tal como fué generalmente adoptado no puede ahora determinarse.

(*) Samnita, natural de Samnio, país de Italia antigua. (Nota del traductor.)



Nota Social



MATRIMONIO
Góngora-Arroyo



CELEBRADO

el día 5 del presente mes



De hecho, la historia del reloj de sol, de la décimatercia al comienzo de la décimasesta centuria es casi vaga. Como el reloj era una materia de curso, los escritores contemporáneos han tenido poco que decir acerca de él. Lo que todos sabemos de cierto es que antiguamente, durante este período, el cambio universal se hizo de las horas temporales á las iguales. Fué también durante este intervalo que los relojes y otras invenciones de maquinarias para la medida del tiempo, se introdujeron entre las naciones civilizadas y el cambio en los relojes naturalmente siguió. De otro modo la confusión peor confundida (*confusion worse confounded*) debe haber resultado de los diferentes modos de cómputo del tiempo.

Tenemos noticia de que un reloj de volante fué colocado en el palacio de Carlos V de Francia, en 1370. Es, pues, razonable inferir que los nuevos relojes de sol llegaron á uso general durante la decimacuarta y decimaquinta centurias. Hacia los comienzos de la décimo octava centuria el reloj de sol fué rápidamente reemplazado por los relojes de maquinaria y relegado á lugar honorífico entre las antigüedades curiosas y de adorno, cayendo más y más en las sombras del pasado hasta los últimos pocos años que han sido testigos de un renacimiento de interés tan grande y extenso que el tanto tiempo olvidado reloj de sol ha llegado á ser actualmente «la moda» y puede encontrarse hoy en muchos jardines.

El reloj de sol más grande en el mundo está en Delhi, India. En cierto lugar, por el año de 1650, el poderoso Rajah de Yeypore Jye-Singh II, fué inducido por misioneros jesuitas á construir observatorios para relojes de sol en Delhi, Benarés y varias otras de sus principales ciudades. El erigido en

Delhi, ciudad capital, era el más grande y famoso, pues contenía además del hermoso reloj de sol, otros instrumentos astronómicos conocidos en aquel tiempo. El Observatorio de Delhi existe todavía, pero en condición lamentable; la mayor parte de sus valiosos instrumentos fueron destruidos ó robados durante las épocas de estado de guerra á que ha estado Delhi sujeta varias veces. El gigantesco reloj de sol permanece aún y el Real Instituto Astronómico de Berlín ha acabado recientemente un fino modelo de tan famoso reloj.

Todavía existen las ruinas de todas estas viejas torres, de profundo interés para los europeos, pero sin significación para los nativos de la India. El reloj de Delhi es uno de los más antiguos que se han conservado hasta hoy; tocando el segundo rango al Observatorio de Leyden que fué construido en 1632. El reloj de Delhi ocupa una posición única entre los instrumentos astronómicos del mundo, puesto que las paredes y el reloj son uno mismo y á esta circunstancia debe indudablemente su preservación. Fué aquí, en este Observatorio, el más famoso de todos los de los tiempos antiguos, donde se determinó la oblicuidad de la eclíptica, la longitud y anchura, declinación y posición de las líneas equinocciales.

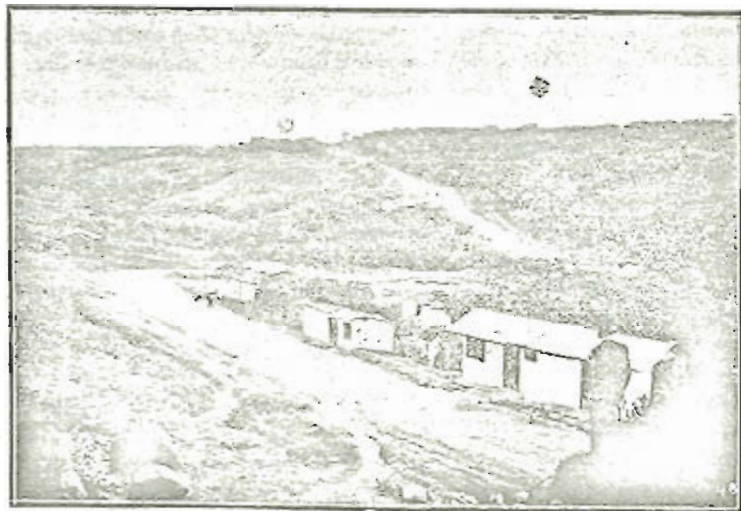
Una hilera angosta de gradas de piedra, como una escala, paralela al eje de la tierra, conduce al techo del Observatorio. Las paredes exteriores son de mármol pulido. La sombra cae sobre grandes arcos de mármol, levantados fuera, á derecha é izquierda. Estos arcos están tan correctamente alineados, que marcan el tiempo cuando el sol brilla, aun el minuto. Por todos lados hay galerías y gradas de tal modo que el acceso á cualquier parte del edificio es fácil. Fueron usadas una vez

plataformas para sostener los relojes más pequeños y otros instrumentos, pero desaparecieron hace mucho, mucho tiempo.

Este gran reloj de Delhi, que, por supuesto, fué construído para las regiones ecuatoriales, tiene cerca de 38 pies de alto y la longitud de su círculo es de 19 pies. Cerca de él se encuentran las ruinas de una construcción astronómica, inclinada oblicuamente, cuyo original objeto los modernos savantvaris, (*) han sido incapaces de descubrir.

(*) Habitantes de Savantvari, capital del Principado de su nombre, Konkan, Bombay, India. — (N. del T.)

Parece que como el tiempo avanzó, Benares llegó a ser la principal residencia del gran Mogo!, haciéndola punto capital de todas las observaciones astronómicas, y el una vez famoso Observatorio de Delhi fué descuidado y muy pronto olvidado como tal. Cuando el último fué identificado por los conquistadores ingleses, en 1800, hallaron que el antiguo y venerable edificio había sido usado como establo de caballos. Es supérfluo decir que tanto los animales como sus dueños encontraron pronto acomodo en cualquier parte.



Vista en los alrededores de San José

ELLA

Para Páginas Ilustradas

Casi no existe una persona que no pueda referir algún caso raro, incomprensible, inexplicable, que haya presenciado ú oído referir.

El hecho que voy á narrar fué presenciado por varias personas que pueden dar fe de él.

Hace unos catorce años residía yo en una población del Guanacaste y me ocupaba de negocios de maderas por cuenta de un gran empresario.

El trabajo era rudo y necesitaba un gran esfuerzo mental y material de mi parte; de modo, que cuando lograba acostarme á las nueve de la noche, es decir una, ó dos veces por mes, me dormía como un lirón hasta las cuatro de la mañana siguiente.

En mi mismo cuarto dormían tres compañeros de fatigas. Era el uno, el tenedor de libros, un alemán grueso, pacífico, de ideas reposadas y un poco escéptico.

El segundo era un muchacho joven, inteligente, ilustrado, gran aficionado á las investigaciones científicas. En cuanto al tercero, de edad mediana, era un calaverón enamorado, pendenciero, travieso y sin ideas propias.

El caserón de la hacienda era viejo, con gruesísimas paredes de adobe, bajo de techo y con un anchísimo corredor donde dormían muchos peones.

Muchas veces había oído yo al ordeñador, empleado hoy en una gran finca, por la línea del ferrocarril á Limón, referir que algunas noches había visto pasearse por aquel corredor á una mujer vestida de negro y embozada en un rebozo de igual color.

Varios peones confirmaban esa relación de la cual relamos los *espíritus fuertes*, los que nos considerábamos superiores por el saber, por la posición social y por la educación.

Sin embargo, el alemán y yo abrigábamos ciertas dudas, y muchas veces, en las tardes después de la comida hablábamos del asunto.

Llegamos á convencernos de que algún chusco ó bromista de mal género se entretenía en asustar á los pobres peones de ese modo.

Aquella hacienda era un pequeño pueblo, había unos trescientos hombres empleados en diversas faenas y por consiguiente no faltaba la chismografía y todas las pequeñeces que nacen, crecen y se desarrollan al calor de la sociedad humana, cualesquiera que sean los elementos que la integran.

Uno de los jefes de trabajos llevaba relaciones amorosas con la mujer de un contratista de maderas y por más precauciones que tomaron para ocultar esos amores, los mil ojos de la envidia se encargaron de vigilarlos y quinientas lenguas comentaban á diario el asunto.

Mi alemán, hombre muy prudente y de una castidad notable era el único que rehúsa ese tema de conversación y con un pudor raro en un hombre, nos decía: «Cada cual es responsable de sus acciones y á nosotros no nos es dado juzgar las de los demás».

Confieso que esas palabras me impresionaron notablemente y desde entonces

Miguel
2 años



Herretol
de edad



Páginas
Fotografías

Ilustradas
F. Robert

no quise prestar oídos á los mil cuentos que la inventiva mal pensante llevaba de aquí para allá.

Un suceso inesperado me echó de lleno en medio de un terrible acontecimiento.

Una tarde fumaba tranquilamente mi larga pipa holandesa, cuando se me acercó aquel compañero de cuarto, travieso y calavera y que para la facilidad de la narración llamaré Antonio, y después de sentarse á mi lado me comunicó que preparaba para esa noche una de sus bromas.

—Nos vamos á reír mucho, decía. Figúrate que me voy á disfrazar de mujer con unas enaguas y un rebozo negro y voy á asustar á los peones; con eso obligaré al fulano aquel que le roba la mujer al contratista, á salir de su cuarto.

—No' cometas esa imprudencia que puede tener fatales consecuencias.

—Me río yo de ellas. ¿Qué me puede pasar?

—Muchas cosas. Entre ellas las siguientes: Imagínate que alguno, impresionado por tu aparición te dispare un tiro ó te hiera con su machete...

—No, hombre, ninguno se atreve con la mujer negra.

—O que en efecto hagas salir á José del cuarto de la esposa de Rafael...

—De eso se trata.

—Y así publicas la vergüenza de un pobre marido cuya única culpa es la de ser bueno y confiado. Y arriesgas á que José te reclame justamente la vergüenza de ambos.

—No le temo.

—Pero, en fin, no veo el objeto que te propones.

—Pues nada; dar una broma pesada y una lección á esa sinvergüenza que así mancha el honor de un hogar.

—Y, á ti ¿qué te importa?

—En fin, no discuto; te cuento la cosa y espéro que no la divulgarás.



Puse al corriente de los proyectos de Antonio al alemán y á nuestro otro compañero de cuarto, Félix. Y acordamos impedir la broma proyectada y darle un susto á Antonio para ver si se corregía de sus aficiones indelicadas.

Resolvimos que en cuanto apareciera el fantasma, nos lanzáramos sobre él agarrándolo por detrás, lo maniatáramos y lo dejaríamos pasar la noche atado á un horcón del corredor para que todo el mundo se riera de él.

Dejamos á Félix vigilando el corredor, y el alemán y yo nos recostamos, después de haber preparado unas cuerdas suaves y fuertes.

Hacia las once de la noche, Félix entró en el cuarto. Traía el semblante desencajado y casi no podía hablar.

—¡La he visto!—tartamudeó al cabo de un rato.

Nosotros soltamos la risa.

—No se rían, no, no se rían, es muy grave el asunto.

—¡Pero, hombre! ¿No sabes que es Antonio y que?...!

—No, no es Antonio; ¡es un fantasma!

—No seas sencillo, hombre. ¿ó es que nos quieres tomar el pelo?

—No, Antonio salió primero, vestido como lo había dicho; pero detrás de él salió *Ella!* y cuando Antonio llegado al extremo del corredor se volvió para continuar su siniestra broma, se encontró de manos á boca con *Ella* y cayó sin sentido.

Corrimos al lugar del suceso. El corredor estaba bien alumbrado por dos pode-



Berta Aragón Peña

Fot. F. Robert

rosas lámparas de petróleo á cuya luz vimos á varios peones tranquilamente dormidos, unos sobre bancas, otros sobre grandes caños y los demás en tijeras ó hamacas. En un extremo del corredor, aquel donde estábamos situados hacía un momento, yacía sobre el suelo un bulto negro. Era Antonio.

En el otro extremo permanecía inmóvil la figura alta, esbelta y bien perfilada de una mujer envuelta de pies á cabeza en velos negros que nos impedían ver sus facciones.

Quedamos inmóviles de sorpresa y antes de que hubiésemos recobrado nuestra serenidad ó pronunciado una palabra, la silueta negra, *Ella*, avanzó rápidamente á nuestro encuentro. No caminaba sino que se deslizaba sobre los ladrillos sin producir el menor ruido y sin que ninguno de los pliegues de su ropaje se moviese. Era

como una estatua que resbalase sobre ruedas de caucho.

Instintivamente eché mano al revólver y sin pensar lo que hacía apunté en dirección á *Ella*.

Pero, mi mano cayó inerte cuando noté que el fantasma, al pasar frente á las lámparas, no producía ninguna sombra ni sobre el suelo ni en las paredes. En ese momento oí detrás de mí un leve gemido y la caída de un cuerpo. Era el alemán que se desmayaba. Me volví rápidamente á alzarlo, y lo mismo hizo Félix.

Cuando nos enderezamos, vimos el fantasma, ya en el otro extremo del corredor, en su primitiva posición, y sin transición alguna, se desvaneció, desapareció.

En el mismo instante resonaron tres disparos en la casa del contratista que estaba situada á unos veinte metros de la de la hacienda.

Corrimos como unos locos Félix y yo y encontramos dos cadáveres y un hombre expirando.

Los muertos eran los adúlteros; el herido era el esposo que después de vengarse había intentado suicidarse.



Al día siguiente enterramos los tres cadáveres separados unos de otros.

Durante la ceremonia el ordeñador me decía:

—Siempre que *Ella sale*, hay uno ó varios muertos en la hacienda.

Al día siguiente liquidé mis cuentas y regresé á San José.

LEÓN FERNÁNDEZ GUARDIA

Bajorrelieves

† Juan D' Sola y Eduardo Ortega

Ayer tuvimos que lamentar la partida de Juan Ramón Molina y hoy la de dos poetas más: Juan D' Sola y Eduardo Ortega. Era el primero un raro talento, hábil *faceteador* de las piedras preciosas de la prosa; esculpía la frase con maestría de artista enamorado de la forma tersa, y de sus cinceles brotaron dos bellezas: *L' Parroquia* y *La Armonía final* que bien pudieran descansar sobre un pedestal de cuarzo, como dos mármoles de las canteras de Carrara magnificados por la fantasía de un escultor de la luminosa Florencia. D' Sola vivirá en las bibliotecas selectas, en las bibliotecas que guardan en sus anaqueles de cristal las obras de Pierre Loti y Anatole France, vivirá con los artistas jóvenes que gustan de las quimeras aprisionadas como mariposas de los jardines del Ensueño, vivirá cerca de las niñas rubias que gustan de arrullarse con lecturas exquisitas y en el cerebro de los pensadores.

Murió joven, como debieran morir todos los artistas, cuando el sopor de las

embriagueces de la esperanza y de la gloria produce el sueño más delicioso. Cuentan que el gran Demócrito cuando se sintió envejecer se dejó morir de hambre; pero Cervantes aun no había dicho: «el entendimiento suele mejorarse con los años;» Goethe murió con más de setenta años y parece que al final de su añosa existencia gozaba de lozanas facultades intelectuales y de belleza primaveral; de toda suerte, preferiría morir como D' Sola; pero no como el Itálico Silva, haciéndome reventar una rosa encamada sobre el pecho con la explosión de una pistola suicida. Juan D' Sola nació en la patria de Andrés Bello y representó honrosamente á Venezuela en Filadelfia y en la Habana en calidad de cónsul. En la patria de Martí fué aplaudido el escritor extinto y *El Figaro de la Habana* se engalanó repetidas veces con las florecientes enredaderas de su pluma que sabía de arabescos moriscos y de mezquitas refrescadas por la sombra de bosques de teberintos y arrayanes.



Una cruz de mármol negro para su tumba que cubre con sus alas el ángel del Silencio bajo el árbol de la Gloria.



Eduardo Ortega fué también un espigador de ensueños en las campiñas rosadas de la fantasía y un aguerrido cruzado del periodismo. Visto al través del prisma azul de sus delicadas poesías se ve su alma como un loto que vibrara a las caricias de las emociones más sutiles, flor de sentimiento, flor de la más fina porcelana que saltaría en fragmentos al tocarla las ondas más tenues de la brisa que juega en los jardines con las rosas y los lirios que saludan a la aurora.

Cada poesía de Ortega es la condensación de un sentimiento psicológico y dulce. Amaba al gran poeta cojo, aquel inglés glorioso que cantó sobre las ruinas de la Grecia clásica, ese vagabundo excelso, rebelde y taciturno como un Luzbel destronado; aquel genio de quien dice Montalvo que obtuvo más triunfos con sus poemas que Wellington con sus victorias; Lord Byron.

Las palmas de Barranquilla oyeron los arullos de su lira blanda como un sistro de paloma de las encantadas selvas de Utamaro.

Le guardo una deuda: Cuando un tal Eduardo Rosamora—doctor por añadidura—no sé si por envidia ó por conmiseración, lanzóme unos ladridos en uno de los diarios de aquel puerto colombiano, puso Ortega las columnas de su bien prestigiado *Rigoletto* a las órdenes de tres escritores de alta talla para que me defendieran y salió a la palestra Moreno Alba, el poeta de *Lienzos*, el gallardo cantor de *Los diamantes*, y, armado del mazo de oro de su prosa, de un solo golpe desconcertó al que prestaba sus espaldas a mi nombre. Y no fué el poeta yacente quien me reve-

ló esa acción que comprometió más mi cariño por el delicioso cantor de *El Nido*, fué otro compañero. Benjamín Turquel ó Manuel Cervera, no recuerdo cuál.

Traigo esto á cuento no por vanidad, sino para pintar la genileza de aquel corazón de buen artista, de su nobleza y su hidalguía; él puso en mi jornada ramilletes de alientos. En su *Rigoletto* recogió repetidas veces mis versos y me prodigó alabanzas que jamás habré de merecer á pesar de mis esfuerzos por salirme de la vulgaridad. No ostentaba en su rostro la belleza de Lamartine, ni en su cuerpo la apostura del poeta de Mantua, el de las églogas pastoriles; pero, ¿no dice Castelar que en la faz de Mirabeau parece que el Etna hubiese arrojado todas sus escorias? No siempre la perfección física está al unísono con la belleza intelectual. No obstante, se me ha asegurado que era delicado como una sensitiva y así tenía que ser quien bordaba pasionarias líricas en los bastidores de esa forma nueva que cultivan los poetas de los nuevos tiempos; conste que no hablo de los que disparatan con el afán de llevar el blasón de *modernistas*.

Como la mayoría de los poetas, Ortega no quería saborear la cicuta de la desilusión, como otros le tienen horror al olvido, á ese simún tremendo que va cubriendo con sus oleadas de arena la caravana de los que pasaron á la Menfis de la Muerte.

Así el lírico de que trato, en las últimas estancias de su poema *El Nido*—poema tallado para un estuche japonés—revela esa esa zozobra, ese temor.

Antes de ver la juventud marchita y el corazón para el amor inerte, ven, acude á otra cita, quiero verte en el jardín donde el amor palpita, donde sólo el reclamo de la muerte puede ponerle fin á nuestra cita.

Pero si es imposible, si el destino no ha de calmar mis fervidos antojos, si es un sueño no más lo que imagino, por piedad, cuando te halle en el camino, mujer, aparta de mí faz tus ojos.

Música divina que brota de un soto encantado lleno de ruiseñores del Paraíso; acentos de un arpa hebrea hecha para las manos de David, manan de ese marfilino

poema. *El Nido*, del que he arrancado esos dos pétalos que fueran dos perlas para el cuello de una reina cantada por un paje trovador en los tiempos medioevales.

Su lira enmudeció como un quetzal de Escuintla; pero los acentos que de ella arrancó vibran en el sentimiento de los hombres.

LESÍMACO CHAVARRIA

Notas de actualidad

Gracias cumplidas.—Rendimos las gracias á nuestro apreciable colega, *El Noticiero*, por la siguiente voz de aliento que recogemos en nuestra cesta en donde ponemos las flores que se nos ofrece al paso por el campo de nuestras labores.

"*Páginas Ilustradas*. El número 215 de la revista literaria que dirige don Próspero Calderón se nos presenta de esta vez bien trajeada. Sobresaliente material literario y mejores fotograbados. La alegoría del maestro Povedano es una verdadera alhaja de dibujo y viene dedicada á su colega el señor Calderón. Al ver ese número de "*Páginas*" podemos decir que es la mejor revista que se edita hoy en Centro América. La Imprenta del Comercio merece también un aplauso."

Don M. A. Casal.—El correcto escritor hijo de la patria del gran Montalvo nos dedicó un bello artículo en el diario que redacta. El artículo en cuestión se intitulaba *El crédito en el exterior*.

No lo reproducimos íntegro para que no se nos tache de fachendosos; pero no

hemos de dejar de reproducir siquiera un párrafo. Helo aquí:

"No hemos de mandar, pues, al Exterior los exponentes de una cultura que pueda parecer nacional afuera, y en tal sentido ninguna publicación del país expone mejor que *Páginas Ilustradas* nuestro modo de ser. Y es que su director, con quien, dicho sea entre paréntesis, no nos ligan más relaciones que las del saludo, hace un trabajo de relaciones esmerado, que responde maravillosamente á las aspiraciones del elemento sano del país.

Estamos seguros, pues, de que *Páginas Ilustradas* será el periódico escogido para ser condecorado con publicaciones similares del Exterior, hoy que están al frente del Ministerio y de la Biblioteca hombres del buen criterio de un Alfredo Volio y un Valeriano F. Ferraz!!

Rendimos las gracias al señor Casal y tenga por seguro el castizo escritor que agradecemos con el alma sus honrados y honrosas frases.

NUEVA RELOJERÍA BEER & MÜLLER

SAN JOSÉ, COSTA RICA

Surtido completo de Anteojos



GRANDES NOVEDADES

Surtido completo de joyería. Prendedores, anillos de brillantes y de fantasía. Leontinas colgantes, aretes, gemelas y un sin número de novedades de lo más moderno y de gusto exquisito.

Objetos plateados para regalos de matrimonio, Relojes para señoras y caballeros, en oro, plata y níquel.

Composiciones garantizadas de Relojes

Precios los más bajos en plaza.

